

# La Barcelona industrial en la obra de Cerdà ¿un ejemplo?

Al final del justamente famoso «Proemio» a la *Teoría general de la urbanización*, Cerdà traza el plan de la obra: una primera parte dedicada al estudio del hecho urbano como resultado de la evolución histórica, una segunda consagrada a la exposición de una teoría de la ciencia urbanizadora, una tercera sección para desglosar las reglas prácticas derivadas de tal teoría, y una cuarta y última parte dedicada a la «reforma y ensanche de Barcelona, que será a manera de un «*exempli gratia*» de aplicación de dichos principios y reglas» (I, 17). (De todo ello, como es sabido, no nos quedan sino los dos primeros tomos, que corresponden tan sólo al primer punto del programa; lo que hoy nos parece una obra monumental no es más que parte de los resultados del titánico esfuerzo de Cerdà). El Cerdà explorador y descubridor de nuevos mundos, satisfecho de su trabajo teórico, quiere poner de relieve —ya desde el plan de la obra— que, si el estudio del caso particular podía aparecer a los ojos de sus contemporáneos como objeto primordial de sus afanes, la *Teoría* trasciende ampliamente la circunstancia concreta de Barcelona.

Este intento de independizar las conclusiones teóricas de los detalles locales —evidente a lo largo de todo el primer tomo, en el cual el ejemplo de Barcelona, siempre implícito, es evocado concretamente contadas veces— es, en realidad, un acto de legítima defensa: el eco extraordinario obtenido por el proyecto de ensanche y reforma de Barcelona y la polvareda levantada por su imposición amenazaban con ocultar el alcance general de las especulaciones del autor. Las deformaciones que en la aplicación estaba ya sufriendo el proyecto de Cerdà y el desfase entre este proyecto y las teorías que lo sustentan —desfase del cual el urbanista catalán era más consciente que nadie— debieron inducirle, en el momento de estructurar la *Teoría*, a intentar deslindar bien los campos: la supervivencia de la «teoría» dependía de ello.

Hoy empieza a reconocerse generalmente la validez de la tentativa de construcción de una ciencia urbana —esfuerzo precoz a nivel internacional y de superior valor a buena parte de las aportaciones posteriores— y a distinguir esta aportación teórica de las realizaciones de Cerdà en cuanto autor de un plan concreto para la ciudad de Barcelona, a la vez que ha sido resuelto de una vez por todas el malentendido basado en la confusión entre el proyecto inicial y su, digamos, interpretación por parte de las clases dominantes de la sociedad catalana de la segunda mitad del siglo XIX. Precisamente porque todo ello está ya bastante claro, empieza también a ser tiempo de abandonar los tonos polemizante y apologetico en los que ha sido tradicionalmente tratada una figura que, por la misma riqueza y variedad de sus propuestas y actitudes, se presta poco a juicios terminantes. Frente al retrato monolítico

legado por sus hagiógrafos y por sus enemigos a ultranza, hay que avanzar hacia una visión más matizada en la que sean aquilataadas separadamente y de acuerdo en cada caso con criterios específicos sus diversas contribuciones a los campos científico y político: sólo así será posible determinar la auténtica magnitud de Cerdà. Tema central, a nuestro modo de ver, en este trabajo de esclarecimiento progresivo del significado, alcance y límites de la aportación de Cerdà, es el de las relaciones entre teoría y práctica y más concretamente el lugar que el caso de Barcelona ocupa en el conjunto de la obra: ¿qué relaciones existen entre el caso barcelonés y la formulación de la teoría de la urbanización?; ¿era Barcelona, como pretendía Cerdà en su «proemio», sólo un ejemplo y un campo posible de aplicación de principios científicos descubiertos en otra parte?; ¿hasta qué punto el proyecto de ensanche y reforma encaja en la teoría general?; ¿cuáles son las exigencias prácticas que confluyen con los principios teóricos en la formulación del proyecto barcelonés?; y, en una explicación del proyecto, ¿dónde hay que poner el acento, en el carácter modélico de la realización o en las adaptaciones a que es sometido el modelo? Naturalmente, en el estadio actual de los trabajos sobre Cerdà y sobre la Barcelona de su tiempo, sólo nos es dado apuntar hacia unas posibles respuestas parciales sobre la base de los hechos más llamativos.

Si en el «Proemio» Cerdà proponía a Barcelona «*exempli gratia*», simplemente «como un ejemplo práctico de los principios y preceptos proclamados y enseñados por la ciencia y reducidos por el arte a reglas prácticas», en la introducción al segundo tomo —«La urbanización considerada como un hecho concreto. Estadística urbana de Barcelona»— tiene que comprometerse más con su ejemplo: «Resuelto ya que el complemento del análisis urbano ha de ser la estadística de una urbe concreta, faltábame determinar cuál había de ser la urbe escogida. Y en este punto no he vacilado ni un solo momento en preferir Barcelona a cualquier otra; ya porque a Barcelona han de aplicarse primera y principal y más inmediatamente los resultados de mis estudios, ya porque, habiendo vivido durante tantos años y ejercido repetidas veces cargos concejiles en ella, era la que más íntima y profundamente conocía.» (II, 3.) En efecto, y como se va constatando a través de los distintos párrafos introductorios de las diversas secciones de la obra (llámense «prólogo», «introducción» o «nota explicativa»), en la raíz del interés de Cerdà por los problemas urbanos y a lo largo de su trabajo de reconstrucción histórica y de descubrimiento de principios, está la experiencia barcelonesa. Más allá de la un poco fácil etiqueta de «ejemplo», el caso de Barcelona ocupa en la obra de Cerdà un lugar especial y central: la urbe catalana es, a la vez, fuente principal y primer campo de aplicación. Cerdà parte

de Barcelona para volver a ella; este hecho entraña algunos peligros para el auténtico carácter teórico de algunas conclusiones de Cerdà sobre el hecho urbano.

Como fuente del pensamiento de Cerdà, Barcelona ejerce un efecto estimulante —en cuanto caso representativo de una problemática general—, pero también un efecto negativo —en cuanto el urbanista puede aceptar como plenamente representativos problemas barceloneses cuyo valor universal es discutible—.

A nivel europeo, el urbanismo moderno como corriente de pensamiento ha surgido como reacción frente a la crisis urbana determinada por el impacto de la revolución industrial. En este sentido, es innegable el estímulo que ha podido ejercer sobre Cerdà el caso barcelonés: Barcelona es ya, a mediados del siglo XIX, una gran ciudad industrial a escala internacional. El carácter moderno de los problemas locales, manifestados por un movimiento obrero en estado avanzado de formación —huelga de 1855—, ha requerido, sin duda alguna, un nuevo tipo de soluciones. (El desfase entre soluciones aportadas por los organismos de gobierno local y naturaleza de los problemas, evidente ya desde la segunda mitad del siglo XVIII, es cada vez más escandaloso.) La pervivencia de ciertos arcaísmos en la organización espacial —por ejemplo, las murallas medievales—, al amparo de una situación política compleja y cambiante a lo largo de toda la primera mitad de siglo, no ha hecho sino exacerbar la necesidad de un cambio global de los planteamientos en la organización del espacio, al acentuar el contraste entre una civilización en rápida transformación —crecimiento acelerado de la población urbana, revolución en la industria y los transportes— y un espacio inflexible, paralizado por una serie de determinaciones ancestrales. En esta coyuntura ha surgido Cerdà. Si por una parte el urbanista ha podido conectar con una serie de aportaciones parciales y con un ambiente intelectual europeo que a partir de problemas semejantes llegaba en diversos puntos del continente a planteamientos renovadores en el campo de las ciencias sociales y de la práctica política, sabe por otro lado preguntarse: ¿habría llegado Cerdà a las mismas conclusiones a partir de la observación de otra ciudad, pongamos Madrid o València?

El fuerte estímulo que Barcelona ha supuesto para Cerdà aparece a lo largo de todos sus escritos, aunque el carácter abstracto del texto de la *Teoría* impide —y tal vez no sea casualidad— evaluar con precisión el peso del ejemplo barcelonés. Buena parte de los problemas que afectan a la Barcelona de 1850 son, es cierto, representativos de una problemática general de la revolución industrial y su impacto sobre la ciudad; problemática sobre la que cabe teorizar, y Cerdà lo hace con mano maestra. Pero la insuficiencia

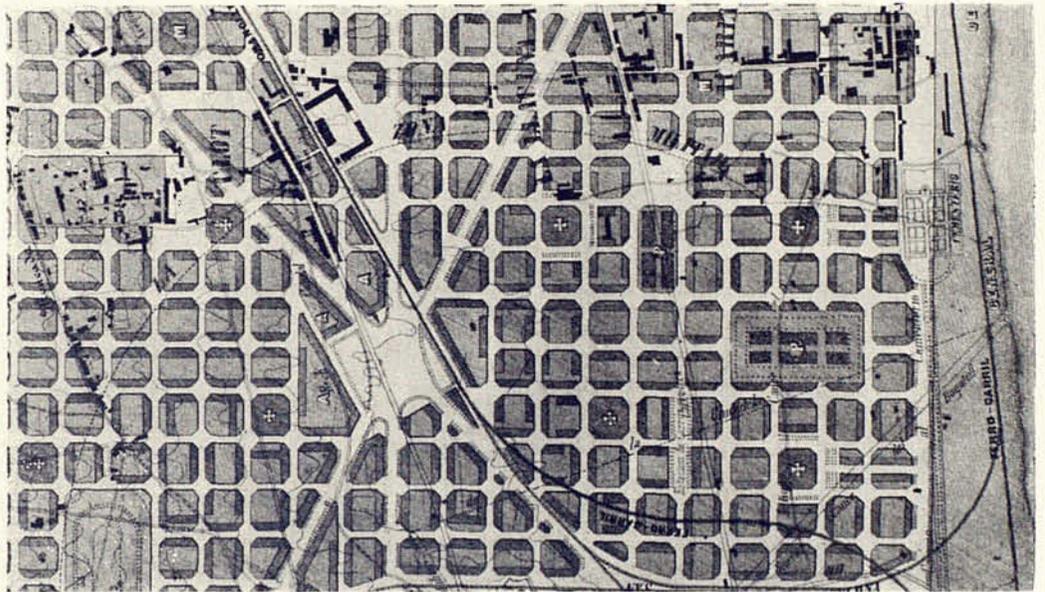
de la base empírica aparece en algunas ocasiones en las cuales el autor no parece distinguir con suficiente precisión esos problemas de índole general de los planeamientos estrictamente locales de tales cuestiones. La articulación demasiado mecánica de observaciones de distinta índole y desigual valor le inclina en ocasiones a conclusiones discutibles. El ejemplo tal vez más claro es el del papel atribuido a las murallas en el surgimiento de la especulación sobre el suelo y la vivienda urbanos —visión condicionada por el caso extremo de la urbe catalana a mediados del siglo XIX y facilitada por la larga tradición local de publicística antimurallas (desde Capmany y el gremio de maestros de obras en 1797 hasta Monlau en 1841)—; en el tratamiento del tema por Cerdà (*Teoría*, I, 260) no se sabe si la existencia de las murallas es sólo la ocasión para que la especulación se desarrolle o la misma causa de la especulación. Esta indeterminación —Cerdà parece inclinarse más bien hacia la segunda postura— le conduce a sobrevalorar los efectos del derribo y el ensanche sobre la institución de la propiedad y creer que el aumento de la oferta de terrenos urbanizables va a debilitar definitivamente los efectos de la propiedad privada del suelo sobre las condiciones de vida de la clase obrera. El ejemplo es, además, crucial, en la medida que es una de las bases sobre las que Cerdà, como veremos, plantea su proyecto de ensanche y reforma.

Las teorías de Cerdà, elaboradas en gran parte sobre la base de una observación de la Barcelona industrial, revierten a la urbe catalana. Dada la desaparición de la parte de la *Teoría* consagrada a la formulación de la «teoría» propiamente dicha y de los principios prácticos del urbanismo y también de la memoria adjunta al plan de ensanche y reforma de Barcelona, el plano mismo del proyecto es la principal fuente para conocer la vertiente práctica del urbanista. Buena parte de los pasos hacia una rehabilitación de Cerdà, cuajados en 1959 con motivo del centenario, han ido en el sentido de intentar descubrir, a partir del plano, los principios subyacentes: la homogeneidad y el equipamiento equilibrado explicitado en la repetición a intervalos regulares de los mercados y las parroquias, el diseño de la manzana abierta como célula primaria, la primacía de la circulación, etc. Más difícil es, tal vez, señalar los intentos de diferenciación del espacio urbano interno: en este sentido se ha indicado el papel de las parroquias como definidoras de barrios, hipótesis avalada por el diseño de los pasajes; cabe también profundizar en el distinto carácter atribuido a las vías urbanas, utilizando como índice las alineaciones de los bloques de edificios, que convierten a determinadas vías —a intervalos de diez manzanas— en calles en sentido tradicional, con edificación continua. Otros aspectos son todavía más oscuros, como la tipología edificatoria, la distribución de las clases sociales en la trama y, sobre todo, la localización de las actividades, principalmente la industria. En este caso, nuestra ignorancia es particularmente penosa: hemos de considerar, a partir de todo el planteamiento teórico de Cerdà, que el proyecto de ensanche y reforma de Barcelona es, en realidad, su explicitación del modelo de ciudad industrial moderna, y, sin embargo, desconocemos el lugar que en el plano ocupa la industria! El juego de las especulaciones sobre el plano, vía principal de acceso a los modelos de urbanización ideados por Cerdà, no ha hecho sino empezar; habida cuenta de la pérdida de otras fuentes más directas no nos queda más remedio que seguir en la indigencia más absoluta o continuar descifrando el plano e intentando encajar sus características en las manifestaciones diseminadas a lo largo de los escritos del autor.

Sin embargo, el proyecto de ensanche y reforma no es sólo la explicitación del modelo,

sino también una propuesta concreta —muy concreta a veces— de integración de los espacios históricos del Pla de Barcelona en ese modelo adecuado a las necesidades de la civilización industrial. La consideración de las adaptaciones a las condiciones naturales e históricas del territorio afectado, de todo aquello que no puede ser explicado a nivel de modelos, es importante en la medida en que nos permite aproximarse al Cerdà práctico del urbanismo, y a sus prioridades. El tema es central, a nuestro modo de ver, de cara a determinar el valor y las limitaciones de la postura de Cerdà.

Las características generales de la adaptación al Pla de Barcelona son ya conocidas: la cuadrícula se orienta sobre el territorio teniendo en cuenta la línea de la costa y de la cordillera de Collserola y la dirección de los vientos dominantes; es recortada para adaptarse a la mole de Montjuïc y a la masa de edificios de la ciudad antigua; conecta con los núcleos suburbanos de Sants, Gràcia y Sant Andreu; es surcada por dos grandes diagonales y diversas líneas ferroviarias que



aseguran una buena comunicación entre las distintas secciones de la urbe y de ésta con los espacios exteriores. El modo concreto de realización de esta labor de adaptación y las distorsiones existentes en el interior de la trama del ensanche son ya hechos mucho menos aireados y menos asequebles en una primera aproximación.

La característica general de todo el trabajo de adaptación a la circunstancia de Barcelona es la extraordinaria timidez de Cerdà a la hora de afectar áreas edificadas. (Decimos extraordinariamente tímido en relación con las ideas sustentadas por el autor y con la valentía de los modelos utilizados, únicos términos válidos de comparación; ha llegado también el momento de dejar de confrontar el proyecto de Cerdà con sus competidores —Rovira i Trias y tutti quanti—, comparación de la que ya se ha extraído suficiente jugo.) La timidez de Cerdà se muestra por doquier; baste una breve indicación de algunos de los hechos más llamativos:

El tratamiento de la Barcelona amurallada: el plan de reforma interior y de conexión con el futuro ensanche es muy sumario, no resuelve el problema de la congestión y es poco comprensivo de la naturaleza de la trama medieval y desaprovecha algunas de las mejores oportunidades de relación con la ciudad nuevo. En este sentido son de destacar la escasa relación entre el portal de l'Àngel y el Passeig de Gràcia, la ausencia de perforaciones hasta las calles de Tallers y Més Alt de Sant Pere y la concesión de parte

de la ronda —barrios de Sant Pere y de Sant Pau— como pantalla que separa las dos ciudades más que unir las; aspectos todos que revelan una cierta pobreza en la solución del área de transición y que son un factor a tener en cuenta para entender la ulterior degradación del casco antiguo.

El tratamiento de las áreas edificadas sumergidas por el ensanche: se trata sobre todo de los núcleos suburbanos del municipio de Sant Martí de Provençals —Icària, La Llacuna, el Clot, la Sagrera y el Camp de l'Arpa—, pero también de grupos de edificios aislados esparcidos por el llano. El procedimiento es, o muy sumario —para el Camp de l'Arpa, por ejemplo, se delimita un área rectangular en el interior a la cual se conserva el barrio preexistente— o muy refinado —por ejemplo, el sector actualmente comprendido entre las calles Perú, Bach de Roda, Pere IV y Selva de Mar, donde una casi imperceptible variación del ritmo de calles y manzanas permite salvar determinado edificio—. En el caso del Clot, se respeta el barrio entero encerrándolo dentro del vértice del ángulo agudo

que forman la Meridiana y el ferrocarril de Zaragoza al encontrarse en la plaza de les Glòries, dos vías que significan ellas mismas una alteración del ritmo de la cuadrícula; así, se logra integrar una deformación producida por la urbanización preexistente en la irregularidad determinada por las necesidades de comunicación interurbana: el diseño de los edificios de esas grandes vías en la zona inmediata al Clot sugiere de nuevo la imagen de la pantalla ocultadora. En los casos de la Sagrera y de La Llacuna e Icària se opta por soluciones mixtas: como en el Clot, conservación parcial de las antiguas vías principales alternando el ritmo del Ensanche y, como en el Camp de l'Arpa, creación de supermanzanas capaces de contener barrios enteros. Así, en cierto modo, se consolidaba ya desde el proyecto de Cerdà la barrera que ha encerrado al ensanche dificultando su expansión hacia el Besós. Creemos que Cerdà, perfectamente consciente de la dificultad que representaba la interrupción de buena parte de sus calles transversales, intentó soslayarla mediante la orientación precisa de sus dos diagonales y la ubicación consecuente de la plaza de les Glòries —todo ello aprovechando los intersticios de la barrera suburbana—.

El tratamiento de los núcleos suburbanos en la periferia del ensanche: aquí destaca el desigual tratamiento a que es sometido cada uno de los sectores, determinado, creemos, por vacilaciones explicables por la incompatibilidad final de los planteamientos de Cerdà con la demarcación de un límite preciso de

